

El tiempo de las innovaciones es un tiempo fragmentado en el que, parafraseando a Walter Benjamin, están dispersas astillas del tiempo mesiánico. Cada adnículo adosado al carril incansablemente innovador de la historia, cada novedosa microscopía, cada aparición repentina o largamente incubada en el útero de la modernidad, será recibida con el discreto júbilo de quienes tienen prometido, y de algún modo asegurado, el paraíso. Esas luces de bengala, tan efímeras como fulgurantes, han reemplazado al tibio resplandor de los ciclos naturales.

Sin embargo, tendría que demostrarse que la fuerza de la tradición equivale efectivamente al peso muerto de la rutina. Esta contraposición, como vemos, no solo es ideológica en el sentido fuerte: modernizar se opone a la tradición, no porque sea tradición, sino porque de ese modo se construye una pantalla en la que podrá sacrificar pautas culturales que resultan incompatibles con su proyecto de dominio. Se opone a lo tradicional, disolviéndolo o refuncionalizándolo, pero no porque en ella descubra una profunda inmovilidad o resistencia al cambio, sino porque al situarse fuera de un ámbito imaginario supuestamente ordenado por la "tradición", se recubre con un halo de legitimidad, e incluso de natural superioridad. Destacarse de lo tradicional es un procedimiento cuyo truco es similar a una ilusión óptica: lo que aparece por detrás, como obstrucción y camposanto, son los automatismos de una historia periclitada.

Y es que el problema más grave, en este extraño panorama, consiste en que, demasiado frecuentemente, se confunde la innovación con la resistencia. Un "modelo innovador", en el discurso académico, se configura míticamente como un aparato de defensa: el enemigo es la tradición, o, mejor dicho, el "sistema tradicional" que, de manera igualmente mítica, se convierte en una amebode bolsa de desperdicios, sede de todas las aberraciones históricas, símbolo de la decadencia y el tiempo muerto. Como si la innovación fuese en sí misma algo superior y preferible, como si ajustar los modelos académicos a determinadas necesidades o circunstancias "actuales" fuese algo valorable en términos absolutos. Si llevamos este análisis hasta su extremo, reconoceremos que la oposición binaria tradición/innovación pertenece a una simbología de filiación paranoide: obedece a un mecanismo de crisis mimética que Rene Girard ha encontrado en multitud de fenómenos socioreli-

giosos y que consiste, muy sumariamente descrito, en lo siguiente: canalizar la violencia generada por el deseo mimético de apropiación (en este caso, del saber y de todo el aparato institucional que lo administra bajo sanción de legitimidad), en un sentido bien determinado, para de ese modo ejercerse, sobre grupos, objetos o prácticas sociales cuya expulsión, real o ritual, favorece la renovación de los flujos temporales, o la mera supervivencia del conjunto social. La innovación se alinea sobre el mordiente de la sobrevivencia y la sabiduría; la tradición se convierte en un permanente obstáculo, en el lastre que el progreso deberá en cada momento sacrificar.

Dentro de esta lógica, la compulsión innovadora se hace eco de dos motivos caros a la modernidad: en primer lugar, se ordena sobre el mito del progreso, según el cual lo posterior es necesariamente mejor, con la consecuencia de que siempre son los mejores los que triunfan; en segundo lugar, se estructura a la manera de la leyenda del objeto perdido (Fausto, don Quijote, Lanzarote) que, como indica Jesús Ibáñez,

adorna con un halo de grandeza la irremediable derrota del ser humano (el objeto perdido son los nuevos fines o valores que un sistema abierto a la búsqueda de nuevos fines o valores no puede dejar de buscar, y la medida de la grandeza es la medida de la alienación en el sistema).⁷

Llegados a este punto, no estaría de más señalar en qué proporción las innovaciones tienen más de artificio y superficialidad que de verdadera novedad. Pero es claro que, en cierto sentido, este planteamiento no nos llevaría muy lejos: se establecería una dicotomía nuevamente mítica que pondría a las innovaciones "auténticas" en una parte y a las innovaciones "falsas" en otra. Lo nuevo sería sólo aquello que marcaría diferencias de raíz, mutaciones de estructura: supondría discontinuidad, fractura, cambio total de giro. En otras palabras: lo nuevo será inaudito o no será.

Y, sin embargo, es cierto: muy a menudo se confunde la innovación con un mero perfeccionamiento técnico, o con la implantación, en cierto ámbito, de un esquema o proceso que se ha desarrollado en otro distinto. Nadie dudará de que existen multitud de "innovaciones" que apenas alcanzan el esta-

tuto de meros artilugios, roscas del mismo torniquete. Como dice Walter Benjamin, la moda suele ser siempre un salto de tigre al pasado.⁸

Prisionera de sus propios mecanismos de protección, la tradición innovadora se condena muchas veces a repetir indefinidamente la misma fórmula con variaciones mínimas en su expresión. Los nuevos métodos didácticos solo sirven, se ha visto, para interiorizar con mayor eficacia (aparente) viejos moldes perceptivos o conceptuales. Las "alternativas pedagógicas" se convierten demasiado pronto en esquemas obligatorios, automáticos, desprovistos de esa apertura que en su origen les permitió concebirse a sí mismas como vías alternas o inéditas. Todas esas innovaciones han quedado pegajosamente inscritas en la viscosidad de las telarañas culturales y en la inerradicable ritualización de los dispositivos educacionales. Una nueva manera de enseñar la física teórica, una nueva forma de memorizar, una nueva línea de evaluación, una nueva carrera profesional, una nueva concepción de la formación de profesores. Todas estas novedades lo son, no precisamente porque inauguren territorios o den cauce a prácticas verdaderamente nuevas, sino porque llevan impresa en la frente la marca de su propia caducidad y oportunismo. Sirven, en este sentido, más bien para clausurar cierto tipo de rutinas, o por lo menos para suscitar en quienes la practican un poco de inquietud y sentimiento de culpa.

Acaso no sea del todo inútil insistir en que la promoción de innovaciones no solamente obedece a una graciosa política de "apertura" a la experimentación, al riesgo creativo, a la inventividad. Las innovaciones son, además, armas que se utilizan a discreción para vulnerar grupos, propiciar ganancias o imponer cambios de terreno. Se innova no solo para dar curso a una supuesta facultad intrínseca del espíritu humano, sino para desplazar, enfrentar, sustituir, desviar o reducir: lo nuevo, rodeado de la metafísica del progreso y del sentido histórico, significa menos la irrupción de acontecimientos, prácticas o discursos imprevistos que una especie de permanente reversión de los códigos, una incautación de lo "antiguo" para oponerlo a determinados flancos de la cultura, una recuperación interesada del pasado y su utilización para mantener o perfeccionar dispositivos actuales de dominación.

Como ejemplo de ello se podría comprobar hasta qué punto la "tradición renovadora" en pedagogía, que cristaliza oficialmente en el contexto del Iluminismo, con Rousseau y Pestalozzi a la cabeza, se sustentó en una doble mistificación, paralela a su carácter marcadamente elitista: la idealización de la pureza infantil y la ilusión de poder de las técnicas pedagógicas. La "escuela nueva", independientemente de las diversas orientaciones y alcances de sus promotores y sacristanes, se funda en una confianza ilimitada en el potencial racionalizador de la acción educativa. Al respecto, recuerdo que Michel Foucault escribía en 1954 que las sociedades imaginan su edad de oro en su pedagogía:

...es necesario que la cultura solo integre el pasado, obligándolo a desaparecer. Y nuestra cultura tiene esa característica. Cuando el siglo XVIII, con Rousseau y Pestalozzi, se preocupó por constituir para el niño un mundo a su medida, con reglas pedagógicas que sigan su desarrollo, permitió que se formara en torno a los niños un medio irreal, abstracto y arcaico, sin relación con el mundo adulto. Toda la evolución de la pedagogía contemporánea, con el fin irrefragable de preservar al niño de los conflictos adultos, acentúa la distancia que separa, para un hombre, su vida de niño de su vida de hombre ya hecho. Es decir, que para ahorrarle conflictos al niño, lo expone a un conflicto mayor, a la contradicción entre su vida de niño y su vida real. Si agregamos que una sociedad no proyecta directamente su realidad con sus conflictos y contradicciones, en sus instituciones pedagógicas, sino que la refleja indirectamente a través de los mitos que la excusan, la justifican y la idealizan en una quimérica coherencia; si agregamos que una sociedad imagina su edad de oro en su pedagogía (...), se comprende que las fijaciones o las regresiones patológicas solo son posibles en cierta cultura.⁹

Es evidente: si los niños se convierten en esperanza del cambio social, las técnicas pedagógicas serán el instrumento privilegiado del mismo. Pero esta renovación educativa, que muy a menudo aparece como efecto de alguna reforma o transformación generada en el ámbito social, técnico o político, consiste esencialmente en una suerte de codificación y domesticación del impulso de ruptura o transgresión que se encuentra, violento y relativamente --

amorfo, en su misma base. La resistencia activa de los educandos se convierte en "Teoría de la Resistencia", el rechazo o la rebeldía serán científicamente cernidos, clasificados, "comprendidos" en el marco de una ingeniosa y novedosa Teoría Sociopsicológica de la Educación, etc. En tal perspectiva, los cambios e innovaciones en la forma, el sistema institucional o en los contenidos educativos, resultan ser no tanto la expresión de una práctica alternativa que choca con los mecanismos tradicionales de gestión de lo social, sino las pautas de compromiso entre fuerzas encontradas, un dispositivo de contención, canalización, mediatización, de esas prácticas. En suma, las innovaciones pueden expresar un impulso de cambio, pero son también trucos que lo desvían, trampas que lo inmovilizan, traducciones que lo traicionan. Como escribe E.M. Cioran:

La naturaleza cambia y se renueva únicamente para golpearnos.¹⁰

La posición inicial de sospecha se ha convertido en franco malestar. A decir verdad, las esperanzas depositadas en la lógica de la innovación resultan lastimosamente defraudadas. Sabemos, es cierto, que las innovaciones se producen espontáneamente en los intersticios del orden social, que poseen un nada despreciable potencial de desafío a las instituciones desde las que se organiza y ejerce el sojuzgamiento social; pero también es evidente que todo orden tiende a favorecer cierto tipo de ellas, a tami--zarlas, a limitar o canalizar su alcance y a marginar aquellas que representan un factor de "ruido" o alteración excesiva. Las innovaciones son resultado y condición de riesgos: riesgos semánticos, riesgos pragmáticos. Por ello, solo cierta lógica de la innovación tenderá a institucionalizarse, a ser "bien vista", a imponerse sobre las otras, confiscando toda espontaneidad y neutralizando el fondo de desorden de donde brotan. Algunas, pues, serán prescritas, otras --acaso la mayoría-- proscritas. Todo orden social "estría" el espacio y el tiempo, permite solamente la circulación de ciertas cosas en ciertas direcciones y en ciertos sentidos. La lógica del cambio, en las sociedades contemporáneas, determina un sentido casi unívoco a la innovación:

Lo que revaloriza no es la competencia, sino la disponibilidad, la acoplabilidad ilimitada.¹¹

La simbólica de la competencia y de la ética profesionales, de la vocación y de la identificación fiel con el ejercicio de las "habilidades adquiridas", deja gradual, pero inexorablemente, su sitio a otra simbólica:

La producción y la acumulación exigen una aplicación continuada, que se manifiesta en la producción (competencia profesional por aprendizaje, ética de la "obra bien hecha", inyección de disposiciones vocacionales --la "vocación" liga al trabajador con su profesión--: el sujeto de la producción es una persona y su ley está engramada en el cuerpo) y en el consumo (ligadura afectiva a modos singulares de comer y beber, de vestir o de habitar, de con quién y cómo hacer el amor), en ambos casos estructura de fidelidad.

Frente a estas exigencias, propias de un período prácticamente rebasado --por las economías modernas, se configuran otras modalidades de constitución de los sujetos para su acoplamiento a las fraguas del capital:

El capitalismo de consumo aplica modelos de comportamiento que aplican una infidelidad generalizada: cambios cíclicos y/o brownianos de piso o de revestimiento de paredes, muebles o vestidos transformables, ingredientes combinables o platos combinados, intercambio de pareja o de agujero, en el consumo; cambio de empresa o de partido, de oficio o profesión, de puesto, en la producción. En un partido político o en una empresa transnacional, la valoración de un militante o empleado no es función de su competencia, sino de su disponibilidad: de su flexibilidad operativa, de su irritabilidad ante la voz de mando, para hacer, cuando y donde se lo pidan, lo que le pidan. Cuando la unidad de comunicación no es la persona, sino el rol, la unidad de comportamiento no es el individuo, sino la organización que lo acopla a sus gestos (fibras de su cuerpo despiezado) como piezas; la disponibilidad de los elementos hace crecer la competencia del conjunto.¹²

A nivel general, toda innovación teórica, técnica u operativa que coincida con esta tendencia, será seleccionada y promovida, pasará presumiblemente todos los filtros y resistencias que grupos e instituciones oponen a la creatividad. Esto, a título de ejemplo, podría explicar la proliferación de novedosas técnicas y mitologías grupalistas y participativas, que hacen del "aquí y ahora" y del "face to face" una mascarada tentadora para atenuar los efectos desintegradores de la subjetividad que tiene el proceso de industrialización y automatización actualmente en auge. ¿A qué responde esta "nueva" producción y programación sistemática de cultura "subjetiva"?:

Se trata, ante todo, de buscar un nuevo soporte y "lenguaje" para los problemas personales, luego de la crisis de los códigos tradicionales, familiares o morales que habían servido hasta ahora para articularlos: de ofrecer canales para expresar y medios para actuar (acting-out) todas las experiencias, creando así personalidades "liberadas". Pero se trata también, como ha visto Sennet, "de traducir las estructuras de dominación a términos psicológicos", es decir, de tener a la gente tan atenta a su sentimiento inmediato, a su reacción íntima, que no hallen sentido a ni ocasión para responder a la realidad social.(...) El poder ya no se ejerce sólo reprimiendo o amenazando, sino también gestionando la autorrealización de los súbditos, ayudándolos a ponerse de acuerdo consigo mismos, ofreciéndoles un lenguaje con el que ellos mismos hablarán siempre la voz de la autoridad.(...) Se trata, en definitiva, de "acordarnos" con nosotros mismos a fin de que no nos acordemos de nada que pueda distraer nuestra atención de productores, consumidores y refrendadores; de diseñar y delimitar un repertorio fijo y simple de aspiraciones íntimas en cuya realización se estimula el trabajo y el conformismo. Un asno anda hacia la zanahoria que lleva delante, pero se detiene en un campo lleno de ellas. De ahí la necesidad de redescubrir la zanahoria interior y única que nos mueve y no nos distrae nunca: la autorrealización, la intimidad, el contacto, la "interacción"...¹³

Un par de consideraciones finales. Es verdad que el planteamiento general de esta exposición es un tanto unilateral. Podría postularse, con todo derecho, la existencia de diversos niveles o sentidos de la actividad innovadora. A la innovación lineal, relativamente predecible, útil en términos financieros o acumulativa en términos de prestigio, se opondría una innovación discontinua, imprevisible, nómada, generadora de islotes de inestabilidad, morfogenética y no morfostática. A la innovación que cristaliza en modas o queda fija en dogmas se opondría una innovación capaz de perdurar en estilos; la primera da origen a sectas y fe-
ligreses, la segunda se mediría, a la inversa, por su capacidad de generar heterodoxias.¹⁴ Una innovación "a favor de la corriente", guiada exclusivamente por una racionalidad técnico/instrumental o por alguna metafísica teleológica, por una "filosofía de la historia", se distinguiría en realidad muy poco del conformismo prevaleciente. Como contrapartida, la innovación podría desplegarse en el sentido de una suspensión, reluc-tancia o perversión de la lógica del orden. Después de todo, ha sido la ciencia moderna la que ha descubierto finalmente que, a nivel micro, a nivel meso y a nivel macro, el orden no es más que un caso extremadamente improbable de existencia de lo real. El orden ha cesado de ser uno (es necesariamente plural y dislocado), ha cesado de ser eterno (es cons-truido, producido, a partir del caos genésico), ha cesado de ser exte-rior a las cosas (ya no es rey ni esclavo, sino interdependiente e inte-rior a lo real), ha cesado de ser absoluto (se ha vuelto relativo, rela-cional, provincial):

El orden que se deshace y que se transforma, la omnipresencia del desorden, el surgimiento de la organización, suscitan exigencias fundamentales: toda teoría debe llevar en adelante la marca del desorden y de la desintegración, toda teoría debe relativizar el desorden, toda teoría debe nuclearizar el concepto de organización.¹⁵

Desde esta óptica, lo único que merecería el título de innovación sería exclusivamente aquello capaz de sacar, según expresión de Kostas Axelos, a la lógica de quicio.

REFERENCIAS.

1. Jacques Attali: Historias del Tiempo, FCE, México, 1985.
2. Marshall Sahlins: Islas de Historia, Gedisa, Barcelona, 1988, p.10-11.
3. J. Attali, op. cit., p. 154.
4. Xavier Rubert de Ventós: De la Modernidad, Península, Barcelona, p.112.
5. Ibid., p. 113-114.
6. Jean Baudrillard: Crítica de la economía política del signo, Siglo XXI, México, 1974, p. 34n.
7. Jesús Ibáñez: Del algoritmo al sujeto, Siglo XXI, Madrid, 1985, p.100.
8. Walter Benjamin: Para una crítica de la violencia, Premiá, México. - 1982, p. 123. El texto completo es el siguiente: "La moda tiene el sentido de lo actual, dondequiera que sea que lo actual viva en la selva del pasado. La moda es un salto de tigre al pasado. Pero este salto se produce en un terreno donde manda la clase dominante".
9. Michel Foucault: Enfermedad mental y personalidad, Paidós, Buenos Aires, 1961, pp. 80-81.
10. E.M. Cioran: Ese maldito yo, Tusquets, Barcelona, 1988, p. 127.
11. J. Ibáñez, op. cit., p. 71.
12. Ibid., p. 62n.
13. X.R. de Ventós, op. cit., p. 154-155.
14. Ibid., p. 163.
15. Edgar Morin: El Método T.I., Cátedra, Madrid, 1982, pp. 98-99.